



Revue

# HISTOIRE(S) de l'Amérique latine

Vol. 12 (2017)

*Un ideal identitario y modernizador fracasado.  
Las vicisitudes de los primeros museos nacionales peruanos en el siglo XIX*

Pascal RIVIALE

[www.hisal.org](http://www.hisal.org) | novembre 2017

URI: <http://www.hisal.org/revue/article/riviale2017b>

## **Un ideal identitario y modernizador fracasado. Las vicisitudes de los primeros museos nacionales peruanos en el siglo XIX**

Pascal RIVIALE\*

A lo largo del siglo XIX, Europa y Estados Unidos conocieron un fenómeno muy notable: el desarrollo espectacular de los museos, a veces fundados hasta en las ciudades más pequeñas. Esta clase de institución personificaba la sabiduría, la civilización, la modernidad y, por cierto, la identidad política, histórica y cultural del conjunto social, de la provincia y de la nación que lo auspiciaban. Cuando obtuvieron su independencia en las primeras décadas del siglo XIX, las jóvenes repúblicas latinoamericanas se propusieron construir y afirmar una identidad propia, mostrando al mismo tiempo al “mundo civilizado” –es decir, a Europa– que compartían con él los mismos valores y que seguirían el mismo paso. Establecer museos les pareció a las élites latinoamericanas una buena manera de manifestar su política “civilizadora”. El Perú, tan famoso entre los historiadores europeos y norteamericanos por ser la cuna del gran imperio inca, encontró en este pasado prestigioso un medio evidente de simbolizar su ruptura con la colonia española y de expresar su “nueva” identidad. Al evidenciar este pasado, sus raíces culturales e históricas profundas, también pretendía mostrar que tenía suficiente potencial como para convertirse en una nación fuerte, respetable y respetada. Desafortunadamente, la suerte de los primeros museos nacionales peruanos no fue la esperada, pues les afectaron las mismas plagas que afectaban entonces a la sociedad civil en su conjunto: inestabilidad política, inestabilidad administrativa, falta de interés de gran parte de las élites, entre otras. Este ensayo define las sucesivas fases, con sus altibajos, del intento de desarrollar los primeros museos peruanos, basándose en dos tipos de fuentes: documentos de archivos y artículos de los diversos periódicos del periodo estudiado.

---

\* Archives Nationales (Francia), investigador asociado al Instituto Francés de Estudios Andinos y al Centro EREA del LESC (CNRS-Université Paris Nanterre).

## En busca de una nueva identidad nacional: rescatar raíces antiguas

Si bien la recuperación de la memoria de los incas con fines patrióticos culminó con la declaración de Independencia, diversos autores peruanos ya se habían referido al pasado prehispánico durante las décadas anteriores, en escritos publicados por la revista reformista *El Mercurio Peruano* (a partir de 1790), y particularmente en el famoso ensayo de Hipólito Unanue, “Idea general de los monumentos del antiguo Perú”. En este texto programático, Unanue reclamaba la redacción de una historia de la que no estuviesen ausentes “los tiempos heroicos del Perú” (citado pour Majluf 2005: 557). Los intelectuales criollos fundadores de la Sociedad Amantes del País y, más tarde, los actores de la emancipación eran influenciados por la Ilustración francesa y sus escritores emblemáticos: Voltaire, Raynal y Marmontel, el autor del famoso drama *Les Incas, ou la destruction de l'empire du Pérou*, publicado en París en 1777<sup>1</sup>. Las referencias al pasado incaico se hicieron netamente políticas en los primeros años de independencia: las nuevas autoridades promulgaron numerosos decretos no solo para establecer los nuevos reglamentos de la joven república, sino también para afirmar su distancia para con el antiguo orden colonial. La ruptura con la metrópoli tenía que expresarse mediante la construcción de una identidad diferente y genuina. Para legitimar al Perú independiente, se necesitaba demostrar la antigüedad de sus raíces y exponer sus vínculos estrechos con el remoto y mítico pasado incaico<sup>2</sup>. Según los historiadores de la época, el imperio inca se caracterizaba por su grandeza cultural, su potencia militar, su genio técnico y su benévolos sistema de protección social. En el discurso anti hispánico de esos historiadores, el gran imperio lamentablemente había sido derrocado por un grupo de conquistadores incultos y ruines. Los intelectuales promotores de la emancipación se valieron de esa imagen de españoles “tiranos”, destructores ciegos de una brillante civilización y opresores del pueblo indígena, para legitimar su ruptura política con la metrópoli y presentarse como los “vengadores de los Indios”<sup>3</sup>. Por lo tanto, los testimonios arqueológicos de aquel periodo, objetos de su admiración, tenían que ser protegidos. Con este objetivo, el 2 de abril de 1822, el Gobierno publicó el siguiente decreto:

*Los monumentos que quedan de la antigüedad del Perú, son una propiedad de la Nación, porque pertenecen a la gloria que deriva de ellos [...].*

*El Supremo Delegado:*

*He acordado decreto: Art.1. Se prohíbe absolutamente la extracción de piedras, obras antiguas de alfarería, tejidos y demás objetos que se encuentren en las huacas, sin expresa y especial licencia del Gobierno, dada con alguna mira y*

<sup>1</sup> Ver la introducción a la edición en castellano de *Les Incas...* (Marmontel 1991).

<sup>2</sup> Sobre el uso simbólico e ideológico de la figura del Inca en el siglo XIX, ver Majluf 2005.

<sup>3</sup> En su obra poética *La victoria de Junín, canto a Bolívar* (1825), José Joaquín de Olmedo convoca a la figura de Huayna Cápac, quien designa a los libertadores como a los vengadores de su pueblo. Ver Sinardet Seewald 2012.

*utilidad pública. Art.2. El que contraviniere el artículo anterior, incurrirá en las penas de perdimiento de la especie, sea poco o mucho de sus valor, la que se aplicará al Museo Nacional, y mil pesos de multa aplicados a los fondos destinados a la instrucción pública.<sup>4</sup>*

Sin embargo, no existía ningún “Museo Nacional”, por lo menos hasta el año 1826 cuando un boletín fue dirigido a todos los prefectos de departamento para anunciarles la fundación efectiva del museo, rogándoles expresamente que contribuyeran activamente a su pronto desarrollo:

*Queriendo el Consejo de Gobierno fomentar la enseñanza de las ciencias exactas, ha creído necesario al logro de sus honrosos designios establecer el museo proyectado en el año de 1822, para proporcionar a la juventud que se dedique al estudio sublime de la naturaleza, colecciones escogidas que la instruyan en las propiedades de los seres orgánicos. El Perú, rico en minerales, plantas y monumentos antiguos, está llamado por la excelencia de sus producciones a formar el gabinete más selecto del universo. La política estrañalaria que regía la conducta de nuestros estúpidos opresores, privándonos de establecimientos científicos, contribuyó sobre manera, a que desconociésemos el mérito de las preciosidades que se han extraído para enriquecer los museos extranjeros. Mas hoy que la propagación de los conocimientos útiles va destruyendo errores perjudiciales, el gobierno se ha propuesto colocar los establecimientos públicos al nivel que se encuentra en las naciones civilizadas: y esta resolución, calculada para acelerar los progresos de la ilustración, le inspira la confianza de que todos los amantes del país se desprenderán generosamente de las rarezas naturales que posean, donándolas para el servicio y ornamento de tan importante institución. (Tello y Mejía Xesspe 1967: 2).*

De hecho, para apoyar la formación del museo, se pidió a todos los empleados del Estado que convencieran a los ciudadanos de su localidad para que obsequiasen parte de su propias colecciones. Este boletín en particular mencionaba cristales, minerales, caracoles, mamíferos, plantas medicinales y antigüedades. Para cada tipo de especímenes o de objetos, se explicaba cómo empacarlos minuciosamente antes de mandarlos:

*Las plantas medicinales que estuviesen en flor, fruto o semilla, se esqueletarán poniéndolas dentro de un papel a las seis horas de arrancadas, y aplicándolas un peso suficiente para comprimirlas; a las dos días se mudarán a otro papel repitiéndose igual operación hasta que se sequen; y últimamente se las pondrá un*

<sup>4</sup> Citado en Tello y Mejía Xesspe 1967: 1-2. La mayoría de los documentos acerca del primer Museo Nacional se conservaban en la Biblioteca Nacional del Perú, cuando el edificio fue destruido por un incendio en 1943. Felizmente, Julio C. Tello y Toribio Mejía Xesspe habían hecho una transcripción de aquellos documentos, los cuales fueron por parte citados en su publicación de 1967. Veinticinco años después, tuve la oportunidad de consultar en la Biblioteca Nacional los papeles que habían sobrevivido al desastre («Documentos pertenecientes al Museo Nacional», D1957). Sin embargo, buena parte fue tan dañada por el fuego y el agua que preferí evitar manipularlos, y solo tomé unos apuntes a partir de los documentos en mejor estado. Por eso, la mayor fuente para reconstruir esa historia es Tello y Mejía Xesspe 1967, completándola con documentos del Archivo General de la Nación y con una revisión sistemática de los diversos periódicos publicados en el siglo XIX.

*brevete que exprese el nombre de la planta y el lugar donde se halló, acondicionándolas bien para que no se maltraten. (ibid.: 4)*

Todos estos tesoros científicos tenían que ser dirigidos al director del Museo Nacional, Mariano Eduardo de Rivero. Cabe recordar que Rivero era un científico reconocido internacionalmente; cursó sus estudios en Alemania y Francia donde estableció relaciones y trabó amistades con los investigadores más renombrados de su tiempo. Por lo que podemos suponer que él fue quien sugirió esos consejos técnicos.

No se conoce precisamente la ubicación de la primera sede del museo, pero se supone que correspondía a alguna dependencia del Ministerio de Gobierno y Asuntos Exteriores. Se trataba probablemente de un local de dimensión modesta, con una mezcla heterogénea de diversos géneros de objetos. El crecimiento de las colecciones dependía de la buena voluntad de ciudadanos “patriotas”, como el general José de la Mar, quien envió desde Cusco ídolos de plata y de oro, así como una jarra de plata (probablemente un kero inca) en 1829. A veces la entrada de objetos en el museo también podía ser el resultado de una acción judicial, como lo revela la denuncia presentada al Ministro de Estado por una Señora Rosa de la Piedra y Lequerica:

*El domingo primer día de Pascua ha hecho excavar una huaca de mi propiedad el comerciante francés Don Julio Busson, en circunstancias de hallarme ausente de mi chacra. Ignoro cual sea la causa que le ha impulsado a tal exceso pero sea lo que fuera, su resultado no me es indiferente al saber con evidencia mantiene este caballero en su poder varias preciosidades gentílicas que me ha extraído de la mencionada huaca. Estas son de mi pertenencia y como tales las reclamo, y cedo por la mediación de Usted al Museo nacional del Perú.<sup>5</sup>*

Progresivamente fueron atenuándose los discursos abiertamente anti hispánicos de los primeros años republicanos, de forma que, en 1836, se ordenó el traslado de la colección completa de los retratos de los virreyes del Perú al Museo Nacional<sup>6</sup>. Simultáneamente, la institución fue incorporada en el proyecto político del nuevo dirigente del país, el mariscal Luis José Orbegoso, bajo otra faceta simbólica. Para Orbegoso, el museo tenía que aparecer como una manifestación concreta de los avances de la modernización del Perú. Algunos meses después del traslado de las pinturas coloniales, el presidente hizo publicar esta proclamación:

*El ciudadano Luis José Orbegoso [...], Presidente Provisional del Perú.  
Considerando:*

<sup>5</sup> La Señora Rosa de la Piedra Y Lequerica al Señor Ministro de Estado (Lima, 9 de Abril de 1828). Archivo General de la Nación, Lima. Documentos referentes al Museo Nacional.

<sup>6</sup> Por un motivo no determinado, se menciona el museo en un documento de 1834, titulado “Museo Latino” (Informe del Director José Pérez de Vargas, 1834. Archivo General de la Nación, Lima. Documentos referentes al Museo Nacional).

1. *Que abundando el país en preciosidades dignas de la contemplación del naturalista, se ha descuidado la mejora y adelantamiento del pequeño Museo Nacional.*
2. *Que con las provisiones naturales, y con las antigüedades del Perú, puede engrandecerse un gabinete de historia natural que llame la atención del viajero curioso y del amante de las ciencias naturales.*
3. *Que el Gobierno está en el deber de fomentar la ilustración y arreglar de un modo permanente los establecimientos científicos.*
4. *Que para consultar la utilidad pública del Museo es necesario darle un reglamento.*

*Decreto:*

*Art.1º. Se establecerá, con el decoro posible en el local del Espíritu Santo, el Museo de Historia Natural, de las mismas antigüedades indígenas y otras preciosidades y el gobierno asistirá a su apertura solemne el día que prefijare.*

*Art 2º. El Ministro de Gobierno es el Director nato y jefe del establecimiento [...].*

*Art.3º. El Director dispondrá se forme inmediatamente un inventario del Museo por ramos, clases y designación de las procedencias de las especies, anotándose también las personas que hubiesen hecho las donaciones y un ejemplar se archivará en el Ministerio de Gobierno [...].*

*Art. 5º. Estará abierto el Museo para el público todos los domingos, martes, jueves y viernes desde las diez de la mañana hasta las dos de la tarde; a excepción de los días feriados [...]. (Tello y Mejía Xesspe 1967: 9-10)*

Como veremos más adelante, la institución se desarrolló con lentitud por numerosas dificultades. Sin embargo, gracias a los inventarios redactados por los sucesivos directores del Museo Nacional, tenemos una idea clara de su evolución y desenvolvimiento. Por ejemplo, el inventario fechado del 1<sup>ro</sup> de enero de 1837 menciona 595 piedras, minerales y petrificaciones; 485 conchas y huesos, entre las cuales se encuentran «una colección de conchas y caracoles antediluvianos, una colección de huesos fósiles de animales desconocidos de las cercanías de París» (Ibíd.: 13); 140 artefactos prehispánicos (de metal, cerámica, madera o tejidos), así como unos ejemplares de esas fascinantes momias que se exhumaban regularmente al excavar antiguos cementerios “de los gentiles” –como se solía decir todavía a inicios del siglo XIX–.

En el mismo año de 1837, se reiteró el decreto patrimonial de 1822. Este texto ya había sido reactivado el año anterior, pero sin efecto notable, pues a nadie se le ocurría pedir un permiso para excavar en los yacimientos arqueológicos ya identificados o en los sitios descubiertos de manera fortuita. Esta vez se recomendó expresamente a los agentes de las aduanas que fueran más atentos y vigilantes. Con todo, creemos que tales

recomendaciones le parecieron secundarias a la administración aduanera, seguramente más ocupada con el contrabando y con la exportación ilícita de valores en plata y oro. Además, el conflicto de la confederación peru-boliviana<sup>7</sup> no resultó propicio para el desarrollo de instituciones culturales. Sin embargo, el 1<sup>ro</sup> de marzo de 1841, el Presidente General Agustín Gamarra promulgó un nuevo decreto para reorganizar el museo:

*«Art.1. El Ministro de Gobierno es el Director y Jefe nato del Museo de Historia Natural, antigüedades peruanas, numismas y demás preciosidades y rarezas que pertenecen a estos ramos [...].*

*Art.3. El Director formará inmediatamente un inventario prolíjo y circunstanciado de cuanto contiene el establecimiento por ramos, clases y especies designando el origen, tamaño y peso en lo que fuera posible, su procedencia y personas que las hubiesen donado; y remitirá un ejemplar para que se imprima y archive en el Ministerio del Despacho.*

*Art.4. Además, publicará de tiempo en tiempo un catálogo de todos los objetos que se hallan en el Museo con designación de los lugares que ocupan a cuyo fin se enumerarán los estantes, cajones y aparadores para que a primera vista se encuentre por el catálogo el objeto que se busque.»* (Ibid.: 19)

El mismo decreto evoca la planificación previa de una galería de pinturas («una galería de pinturas de los maestros afamados en este arte, según se proyectó por decreto de 2 de Diciembre de 1825»). Esta galería debía ser instalada en una sala vecina del nuevo local, cuando terminasen las obras. En su estudio sobre el museo, Julio Tello atribuye la paternidad del contenido de este decreto a Mariano Eduardo de Rivero, quien entonces asumía de nuevo la dirección de la institución. Bajo su gestión, las colecciones del museo aumentaron con regularidad, gracias a donaciones privadas o a envíos por los prefectos de departamentos. Se trataba principalmente de objetos de historia natural o de artefactos arqueológicos. Pero de vez en cuando, los obsequios podían ser más “exóticos”, como lo vemos en la lista de objetos ofrecidos por el Doctor Juan de Dios Yngunza en 1853:

*Una gala con una hacha de los caballeros de Malta, encontrada en el castillo de David de Jerusalén [...]. Cinco pequeños ídolos egipcios de barro, en formas humanas y de animales [...]. Tres piedras de los campos memorables de Troya, Maratón y Salamina [...]. Varias costras con pinturas de las paredes del teatro [...] en Pompeya.<sup>8</sup>*

<sup>7</sup> Entre 1835 y 1839 un conflicto armado opusó las tropas de la Confederación perú-boliviana formada por Andrés de Santa Cruz y el general Luis José Orbegoso a la coalición formada por la república de Chile y los peruanos contrarios a la Confederación

<sup>8</sup> «Relación de los objetos de historia natural que el Dr. Juan de Dios Yngunza remite al ministerio del Ramo para el Museo Nacional» (Lima, 30 de diciembre de 1853). Biblioteca Nacional del Perú. Documentos pertenecientes al Museo Nacional. D1957.

Esta donación, aunque anecdótica, nos indica que para enriquecer y diversificar sus colecciones, los aficionados peruanos también adquirían curiosidades del Viejo Mundo, sea durante sus viajes a Europa o al Medio Oriente, sea gracias a intercambios internacionales.

Los numerosos viajeros que pasaron por Lima en su mayoría no tuvieron buena apreciación de esta institución; con todo, algunos de ellos manifestaron interés por las colecciones, como lo permite observar la correspondencia recibida por el director. En 1833, Andrew Mathews, un botanista miembro de la Linnean Society en Londres, con una residencia de tres años en el Perú, quiso continuar los estudios iniciados entre 1778 y 1788 por los sabios españoles Ruiz y Pavón sobre la flora peruana, por lo cual pidió permiso para ver y dibujar los especímenes botánicos conservados en el museo<sup>9</sup>. En 1852, fue el artista Ernest Charton quien solicitó la autorización de sacar copias en dibujo de unos artefactos de las colecciones arqueológicas<sup>10</sup>. Asimismo, en 1859, Karl Scherzer, un naturalista que viajaba en la fragata austriaca *Novara*, propuso un intercambio de colecciones entre el museo peruano y el Museo Nacional de Historia Natural de Viena. Scherzer mostró particular interés por los huesos antediluvianos descubiertos en el departamento de Junín, entonces guardados en el museo limeño; su intención era compararlos con los vestigios prehistóricos conservados en el Instituto Geológico de la capital austriaca. El director del museo, el Sr. Irigoyen, propuso intercambiar la lista siguiente de objetos: unos artefactos prehispánicos, objetos etnográficos de la selva amazónica peruana, algunos de los huesos antediluvianos deseados, así como una lanza recolectada en las islas Sándwich<sup>11</sup>. No se sabe si el intercambio se realizó. Es que, a pesar de su desarrollo continuo, el Museo Nacional entró en un periodo de fuertes turbulencias a mediados del siglo XIX, que amenazaron y pusieron en tela de juicio su existencia.

<sup>9</sup> Carta de Andrew Mathews (Lima, 1833). Archivo General de la Nación, Lima. Documentos referentes al Museo Nacional.

<sup>10</sup> 30 de diciembre de 1852. Biblioteca Nacional del Perú. Documentos pertenecientes al Museo Nacional. D1957. Sobre Ernest Charton, ver Pascal Riviale, «Ernest Charton, les voyageurs et la pintura costumbrista en Équateur....».

<sup>11</sup> Carta de Karl Scherzer (Lima, 4 de mayo de 1859) y «Razón de los objetos duplicados del museo de Lima que pueden remitirse al de Viena» (sin fecha). Archivo General de la Nación, Lima. Documentos referentes al Museo Nacional.

## Las vicisitudes del primer Museo Nacional

Desde sus inicios, el museo sufrió cambios incesantes de locales, por cierto inadaptados y precarios, con escasos materiales y muebles<sup>12</sup>. La dirección también cambió varias veces –probablemente debido a los sobresaltos políticos vividos por el Perú en esos años–, provocando la inestabilidad crónica de la institución y de su desempeño científico y cultural. Con la evidente falta de interés de las autoridades políticas, no fueron seguidos los esfuerzos por alentar a las buenas voluntades a que obsequiaran sus colecciones. Peor, durante la segunda mitad del siglo XIX, numerosas piezas del museo fueron declaradas “desaparecidas”. En noviembre de 1859, el director fue convocado a Intendencia para identificar un vaso de oro que, se suponía, era propiedad del museo. Asimismo, en junio de 1860, se descubrió que varios objetos de oro y de plata habían desaparecido (Tello y Mejía Xesspe 1967: 38-39). Una investigación acabó revelando que el mismo director había empeñado las antigüedades. El 21 de octubre de 1868, se denunció otro robo. *El Comercio* relata que el día anterior, diversos objetos habían desaparecido, entre los cuales la espada de Simón Bolívar y antigüedades de oro y de plata. El director fue destituido y reemplazado por Sebastián Barranca, un conocido profesor de historia natural de la Facultad de Ciencias de Lima<sup>13</sup>. Unos meses después, en un largo artículo, *El Comercio* describió el estado de abandono del museo:

*Cuatro años poco más o menos hace, que el local donde existe la Biblioteca y el Museo, yace en un estado tan ruinoso, que desdice de la cultura de nuestra capital. Los gobiernos se han sucedido unos y otros, y cada cual ha inscrito en su bandera, al escalar al poder, mayor o menor número de reformas, sin que por desgracia, ninguno se haya acordado de realizarlas a la hora oportuna [...]. Uno de los edificios que ha debido llamar preferentemente la atención del Supremo Gobierno para que se reconstruya, es sin disputa el destinado a la Biblioteca y Museo. Abandonarlo de tal modo, da muy mala idea, no solo de los gobiernos sino también de la nación donde semejante descuido se verifica [...]. Los pocos objetos existentes en el Museo se hallan cubiertos por una capa de polvo y tan desosados, que tal vez ahora mismo sean inservibles [...]. Hablando sobre este mismo asunto, hemos observado que a los ojos extranjeros también aparecemos bajo un aspecto no muy lisonjero para nuestra cultura y progreso. Lo primero que se visita en un país, después de algunos otros edificios, es la Biblioteca.<sup>14</sup>*

Si bien en su mayoría los viajeros poco comentaron su visita al museo de Lima, los que sí lo hicieron dejaron testimonios poco laudatorios. Johann Jakob von Tschudi

<sup>12</sup> Por ejemplo, en 1829, el museo tuvo que ceder parte de su local al almacenamiento de materiales escolares.

<sup>13</sup> «Robo en el museo», *El Comercio*, 21 Octubre 1868. El 30 de noviembre, el periódico expresó su disgusto al enterarse de que el antiguo director, el Sr. Iriarte, despedido por ser culpable de robo, todavía seguía en el museo.

<sup>14</sup> «Biblioteca y Museo», *El Comercio*, 15 de junio de 1868.

(conocido por su colaboración a *Antigüedades peruanas*, la obra de Mariano Eduardo de Rivero, publicada en Viena en 1851) viajó a Chile y al Perú entre 1838 y 1842. Estando en Lima, visitó el museo y nos dejó una descripción bastante detallada. He aquí unos de sus comentarios: «Después de sufrir mudanzas repetidas a diversas localidades, el gobierno le concedió las dos salas hermosas en la que se encuentra en la actualidad. Todo este instituto aún se halla en sus inicios. Carece de importancia científica semejándose a aquellas colecciones de curiosidades, reunidas por diletantes que guardan todo lo que les parece interesante» (Tschudi 2003: 76). En la primera sala, se podía ver una pequeña colección de cristalizaciones; especímenes entomológicos; conchas marinas, fósiles; mamíferos disecados; “armas y utensilios de los indios salvajes del interior del Perú, otros de los habitantes de las islas Sándwich”; antigüedades y momias prehispánicas; un busto de Napoleón Bonaparte; un retrato de Cristóbal Colón; los cuadros de todos los gobernadores y virreyes del Perú; retratos de los libertadores del Perú, del general San Martín y del general Simón Bolívar, “ambos a tamaño natural, pero mal pintados”; y algunos objetos más. En la segunda sala, se encontraban 270 aves disecadas, tanto peruanas como extranjeras (en su mayoría europeas): “Los pellejos están mal preparados y rellenos en forma deficiente. Las etiquetas llevan indicaciones graciosas con frecuencia y las denominaciones no corresponden, solo en pocos casos está indicado el nombre científico”. En esa misma sala, también se podía ver un “herbario insignificante con plantas peruanas y europeas”; algunos fósiles (“con gran alegría encontré ahí dos piezas de pizarra del Plattenberg, del cantón [suizo] Glarus”); una casa china flotante de marfil muy finamente trabajada; dos zapatos chinos de damas y una pantufla de mujer de Manila; una colección de monedas completamente insignificante” (Ibíd.: 77-78). Cabe notar que a pesar de su pobreza, el museo contaba con numerosos artefactos y especímenes oriundos de otras partes del mundo, lo que sugiere repetidos obsequios e intercambios con instituciones e individuos extranjeros.

Hacia 1855, el viajero francés Dabadie, en su visita al museo limeño, admiró algunos artefactos arqueológicos interesantes, pero anotó: “Lamentablemente los objetos no están clasificados, y los empleados no saben nada de las antigüedades dejadas bajo su responsabilidad” (Dabadie 1858: 150). Pocos años más tarde, el viajero norteamericano George Carleton publicó un relato gracioso de su estadía en el Perú, mediante una forma de tebeo, un álbum de grabados acompañados de comentarios satíricos. Su visita al museo le inspiró un grabado en el que dibuja una de las salas, con una momia en su escaparate en el primer plano, y unos huacos prehispánicos de segundo plano. En el pie del grabado se lee: “Una vista al museo que posee una poco notable colección de antigüedades peruanas, y donde nuestro artista ve lo que queda del glorioso Atahualpa, último rey de los Incas. *Alas poor Yorick!* A este estado tenemos que terminar al final”<sup>15</sup> (Carleton 1866: 50).

<sup>15</sup> Por supuesto, no se trataba de la momia de Atahualpa. El nombre “Yorick” remite a la tragedia de William Shakespeare *Hamlet*: la contemplación del cráneo de Yorick le inspira a Hamlet el famoso



A visit to the Museum—which contains a not very remarkable collection of Peruvian antiquities—and where Our Artist sees all that remains of the once magnificent Atahualpa, last king of the Incas.

Alas, poor Yorick ! To this complexion must we come at last.—Fit sketch wherewith to end this strange, eventful history of “Our Artist in Peru.”

50

*George Carleton, Our Artist in Peru, pl.50*

---

monólogo que empieza con estas palabras: “Alas, poor Yorick...”.

La institución debía de encontrarse ya en un estado avanzado de abandono, cuando en 1872, Thomas Hutchinson, el cónsul de Gran Bretaña en el Perú, apasionado por la arqueología, intentó visitar el museo:

*Me dirigí hacia una puerta que algún día fue verde pero que ahora con el tiempo tiene un color indefinido. Un letrero al exterior precisa que es el “Museo Nacional”. Pero hay en la puerta un candado tanto grande como probablemente en Newgate<sup>16</sup>, y el portero no sabe nada de la llave. Hice una peregrinación hasta la puerta varias veces durante mi residencia en Lima, sin embargo el candado estaba puesto cada vez. Hasta el Doctor Vigil, al otro lado del patio, no sabía nada de él porque el museo no era parte de su departamento. (Hutchinson 1873, I: 319-320).*

Thomas Hutchinson no fue solo un testigo privilegiado, sino también un actor de los cambios que intervinieron para el museo en 1872, los cuales darían esperanzas a los intelectuales y sabios peruanos. Sin embargo, el optimismo no duró.

## Nuevas esperanzas decepcionadas

Con los fuertes ingresos financieros proporcionados por la exportación de diversas riquezas naturales (oro, plata, guano, salitre), el Perú entró a mediados del siglo XIX en una fase de modernización de las estructuras públicas e industriales. Durante su mandato, el presidente José Balta (1868-1872) emprendió varias obras públicas y fomentó la contratación de numerosos expertos extranjeros: ingenieros, arquitectos, profesores... El modelo de desarrollo de Balta y de su entorno indudablemente era de inspiración europea. También las exposiciones internacionales organizadas por las capitales europeas ejercían fascinación en América Latina, siendo imitadas en el Perú. En 1869, Lima fue la sede de una ambiciosa exposición nacional que encontró un notable éxito, lo que alentó al gobierno a proyectar para 1872 una exposición internacional, ordenando la construcción de un edificio específicamente dedicado a recibir la manifestación. Al inicio, ese nuevo edificio solo recibió algunas piezas arqueológicas, pero, probablemente para completar y enriquecer la exposición, se decretó el 17 de mayo de 1872 el traslado de las colecciones del antiguo Museo Nacional.

En aquellos años iba creciendo el número de europeos y norteamericanos que viajaban al Perú para estudiar sus recursos naturales y vestigios prehispánicos. Esos viajeros eran bien recibidos en casas de hacendados locales y aficionados a la ciencia, donde podían admirar espléndidas colecciones de antigüedades, exhumadas de sitios o

<sup>16</sup> Newgate era una cárcel famosa en Londres.

cementerios locales, conocidos por su potencial riqueza arqueológica. De hecho, numerosos relatos de viaje mencionan apellidos como Condemarín, Centeno, Macedo o Montes. En cambio, rara vez mencionan el Museo Nacional, el cual seguía siendo entonces un motivo de vergüenza para las élites peruanas. Al respecto, Eugenio Larabure y Unanue publicó una tribuna en *La República* del 17 de junio de 1872, llamando la atención del público “ilustrado” sobre la urgencia de promover los estudios arqueológicos en el país:

*La más gloriosa parte de nuestra historia es indudablemente el periodo anterior a la colonia. Y tenemos pocos datos acerca de este periodo [...]. Por esta carencia resulta que muchos extranjeros saben más de nuestro propio pasado que nosotros [...]. Sería entonces conveniente que el Supremo Gobierno, imitando a los países más adelantados, fomente y proteja el gusto para los estudios en este ramo. Los gastos necesarios son insignificantes en comparación con los resultados. (citado en Hutchinson 1873, II: 279-181)*

En anexo al artículo, Larabure y Unanue sugirió diversas medidas para llevar a cabo tal proyecto. Thomas Hutchinson insertó una traducción de la tribuna de Larabure y Unanue en las columnas del periódico inglés *The South Pacific Times*, acompañadas de sus propias sugerencias, por ejemplo la creación de una sociedad arqueológica<sup>17</sup> que se encargase de promover los estudios científicos. El 17 de diciembre de 1872, Manuel Pardo, el entonces nuevo Presidente de la República, promulgó un decreto que estableció la Sociedad de Bellas Artes, la cual asumiría la gestión del Palacio de la Exposición, sede de un nuevo museo nacional, de una academia de pintura y escultura, así como de una academia de música. La creación de este nuevo museo suscitó un gran entusiasmo entre coleccionistas, arqueólogos aficionados e intelectuales peruanos, quienes ofrecieron objetos para enriquecer las colecciones y propusieron apoyar la institución y el fomento de las actividades científicas en el país. Por ejemplo, en junio de 1873, el Club Literario, una asociación cultural formada por miembros de las élites de la capital, publicó una relación de su última sesión, en la que el presidente de la sección “Bibliografía y arqueología” declara:

*Habiendo manifestado el presidente la necesidad de pedir a las personas que se hallan en Lima documentos históricos y antigüedades nacionales, una lista de ellos, para formar un catálogo que se tendría a disposición de cuantos individuos solicitan informes y datos de este género, particularmente los escritores y los viajeros; se acordó así a la sección respectiva en el acta que estuviese organizada.<sup>18</sup>*

<sup>17</sup> Cabe señalar que en 1868, el erudito clérigo Manuel González de la Rosa ya había establecido en el Cusco una sociedad arqueológica, también con la idea de promover los estudios arqueológicos en todo el país. Pero esta sociedad resultó efímera (Riviale 1997: 280-281).

<sup>18</sup> “Club Literario”, *El Comercio*, 25 de junio de 1873.

Este proyecto probablemente nunca se concretizó, pero proporciona una idea reveladora de la corriente de renovación intelectual y científica del periodo civilista. Pocos meses más tarde, la misma asociación publicó otro aviso:

*El Señor Don Agustín de la Rosa Toro, el colaborador infatigable de la instrucción pública en el Perú, ha solicitado del Gobierno, para que le permita colecciónar en uno de los salones del Palacio de la Exposición las antigüedades peruanas que va a empezar a reunir, solicitando para ello el auxilio de todos los vecinos de esta capital.<sup>19</sup>*

En el curso del año 1874, se anunció en el periódico *El Comercio* que al año siguiente, se organizaría en el Palacio de la Exposición una presentación de antigüedades, curiosidades e historia natural, rogándoles a los aficionados colaborar en el evento y presentar sus colecciones personales. Los promotores de este evento solicitaron a los participantes para que donasen algunos de los objetos expuestos; en agradecimiento, los benefactores recibirían un diploma con el título de “restaurador del museo”, y sus nombres vendrían mencionados en un cuadro colgado de la fachada del museo<sup>20</sup>. No sabemos si tales iniciativas están relacionadas con los preparativos de la exposición, pero en junio de 1875, un tal Francisco Bahamonde obtuvo del gobierno la autorización de hacer excavaciones en Ancón para exhumar huacos y demás antigüedades, con el propósito de exponerlas en el Museo Nacional<sup>21</sup>. El museo sin duda se benefició de ese entusiasmo general, como lo revela el inventario publicado por el diario oficial *El Peruano*, que detalla no solo las colecciones trasladadas del antiguo museo sino las obsequiadas tanto por el gobierno como por individuales. Sin embargo, el inventario deja la impresión de relativa pobreza y desorden. Al lado de algunas pinturas, esculturas, minerales y animales disecados, se menciona “un sombrero chino [...], unas flechas rotas [...], una maquina eléctrica incompleta [...], dos cuadros con 120 medallas y monedas.”<sup>22</sup> El gobierno insistió en el propósito de aumentar las colecciones, mandando otro boletín a todos los prefectos de departamento, como ya había procedido para el primer museo:

*Sr Prefecto del departamento de.....,*

*Entre los objetos que se propuso el Gobierno al organizar la Sociedad de Bellas Artes, que existe en esta capital, uno de los más importantes fue el de*

<sup>19</sup> “La capital”, *El Comercio*, 20 de setiembre de 1873. Entre los pocos donadores citados en el inventario del museo, publicado el 21 de abril de 1876 en el *El Peruano*, se hace referencia a Agustín de la Rosa Toro, por el obsequio de algunas antigüedades “de parte de D. Agustín Icaza”.

<sup>20</sup> “Exposición nacional”, *El Ferrocarril de Piura*, 29 de agosto de 1874. Esta información fue retomada por el periódico nacional *El Comercio*, el 25 de noviembre, lo que podría ser interpretado como una manifestación de los escasos resultados obtenidos a la fecha en la preparación del evento.

<sup>21</sup> *El Comercio*, 13 de junio de 1875. Ancón era un sitio arqueológico situado a unos kilómetros en el norte de Lima, bien conocido de los huaqueros por sus numerosas tumbas prehispánicas; fue intensamente saqueado desde su descubrimiento fortuito en 1869.

<sup>22</sup> *El Peruano*, 21 de abril de 1876.

*encomendarle la formación y enriquecimiento de un Museo Nacional sobre la base del antiguo Museo, cuyas existencias le fueron entregadas. Para conseguirlo es necesario contar con la actividad y constante cooperación de los funcionarios políticos, pues de este modo podrá reunirse el mayor número de objetos dignos de figurar en este establecimiento de esa naturaleza; y con tal fin dispone el Sr. Ministro que Usted procure con solicitud conseguir todos los objetos históricos, naturales, utensilios, instrumentos y demás antigüedades que presenten algún interés, y remitirlos a esta capital para el referido Museo [...]. Penetrado Usted de la necesidad que hay, de que se establezca el Museo Nacional, en armonía con la riqueza del país y con los progresos que ha alcanzado, no dudo que dedicará de preferencia su atención para llenar en lo posible los deseos del Gobierno.<sup>23</sup>*

No sabemos si ese boletín obtuvo resultados positivos. En realidad, las mejores colecciones arqueológicas se encontraban en manos privadas; los aficionados preferían tener un museo particular en sus casas, abriéndolo de repente al público y a los viajeros de visita, por lo que podemos dudar de la sinceridad de su voluntad de contribuir a la formación de un museo público. Esos aficionados también mandaban parte de sus colecciones a exposiciones internacionales extranjeras, a la exposición universal de Filadelfia en 1876 y a la de París en 1878 por ejemplo (Riviale 2015). Participar en las grandes ferias internacionales podía ser considerado como una manifestación de patriotismo, pero para esos coleccionistas, era ante todo un motivo de orgullo personal. También tenían un propósito económico, pues presentar su colección en una exposición universal no solo ofrecía una publicidad excepcional, sino que permitía establecer contactos útiles con los representantes de museos extranjeros que manifestasen particular interés por ese tipo de antigüedades<sup>24</sup>. Por lo tanto, pocos aficionados peruanos estuvieron dispuestos a obsequiar parte de sus colecciones al Museo Nacional en ciernes.

Por su parte, el gobierno no llevaba a cabo ninguna política eficiente de investigaciones científicas. Si bien algunas expediciones –más o menos oficiales– fueron organizadas hacia las regiones orientales del país, su principal objetivo consistía en estudiar los límites y el potencial económico de la parte amazónica del Perú, explorando el curso de los ríos y, en definitiva, evaluando las posibilidades para una colonización. Aunque estas expediciones recolectaron objetos etnográficos o especímenes naturales, los consideraron como meros trofeos antes que posibles datos científicos. Como consecuencia, las expediciones peruanas de exploración no resultaron determinantes para el desarrollo de las colecciones museísticas del país. Por su lado, la enseñanza de las ciencias en la universidad se hacía de forma ocasional cuando no marginal; en cuanto a actividades científicas, eran a menudo iniciativas personales y las

<sup>23</sup> Boletín invitando los prefectos de departamento a enviar artefactos al Museo Nacional, firmado por Carlos Lisson, *El Peruano*, 11 de diciembre de 1876.

<sup>24</sup> Fue así como, entre 1885 y 1893, se vendieron al museo etnográfico de Berlín las colecciones de Mariano Centeno, y al museo de Chicago la colección de Emilio Montes (Gänger 2014; Riviale 2015).

asumían individuos aislados<sup>25</sup>. En ese contexto, el Museo Nacional no podía sino encontrar serias dificultades a la hora de enriquecer sus fondos. Finalmente, la Guerra del Pacífico acabó con las esperanzas suscitadas por el “nuevo museo” entre las élites peruanas. En 1879, a raíz de una disputa diplomática relativa a la soberanía efectiva sobre la parte Sur del Perú –una zona situada cerca de Chile y Bolivia, que concentraba casi todas las compañías de explotación del salitre–, Chile fue a la guerra contra sus vecinos. En enero de 1881, las tropas chilenas entraron en Lima, con destrucciones y saqueos que afectaron tanto a la población como a las instituciones culturales, entre las cuales la Biblioteca y el Museo Nacional. Hasta la fundación de un nuevo museo que solo ocurriría en 1905, el “nuevo” Museo Nacional parece haber quedado totalmente inactivo, como si les resultase imposible a las autoridades peruanas imaginar reactivar la institución después de su degradación.

Tal parálisis parece paradójica, si tenemos en cuenta que en el último cuarto del siglo XIX, las actividades arqueológicas en el Perú conocieron su mayor desarrollo, y que numerosas instituciones científicas y museográficas extranjeras manifestaron un interés creciente por las antigüedades peruanas. En este periodo precisamente, muchas colecciones privadas fueron compradas por museos alemanes y norteamericanos. Estas exportaciones masivas pueden ser interpretadas no solo como la manifestación del creciente interés fuera del país por las antigüedades nacionales, sino como la consecuencia del fracaso de un museo digno de las ambiciones de los aficionados peruanos. Por consiguiente, los coleccionistas nacionales optaron por ver sus “tesoros” admirados por el público de museos forasteros. Solo en 1905 fue cuando el Gobierno decidió fundar el Instituto Histórico del Perú, el cual se haría cargo del nuevo museo. El decreto del 6 de mayo de 1905 así declara:

*Presidente de la República.*

*Considerando:*

*Que la cultura del país exige la formación de un museo en que se reúnan, conservan y exhiban al público, debidamente expuestos y catalogados, los objetos que se relacionen con nuestra historia en la época anterior a la dominación española, en la de esta dominación y en la de la República;*

*Decreta:*

*Fúndese el Museo de Historia Nacional, bajo la dependencia del Instituto Histórico del Perú y sobre las bases de las colecciones existentes que sean propiedad pública [...]. (Tello Y Mejía Xesspe 1967: 60)*

<sup>25</sup> Sin embargo, las actividades llevadas a cabo de manera personal a veces podían recibir el apoyo de recursos públicos. Tal fue el caso de las exploraciones y publicaciones del naturalista Antonio Raimondi (Raimondi 2012). Las colecciones reunidas por el naturalista italiano durante sus numerosas expediciones por el Perú acabarían siendo compradas por el Estado peruano en 1869, para formar el “museo Raimondi”, inicialmente instalado en la Escuela de Medicina de Lima.

El museo fue instalado en el Palacio de la Exposición el 29 de julio de 1906, y poco después, el arqueólogo alemán Max Uhle fue contratado para dirigirlo. Al no recibir suficiente apoyo político para realizar su ambicioso proyecto científico y cultural, Uhle renunció en 1911 (Lumbreras 1986: 124). El museo no sobrevivió al nuevo periodo de inestabilidad que la renuncia provocó. En 1924, se creó el Museo de Arqueología Peruana (a partir de las colecciones privadas de Víctor Larco Herrera); al año siguiente, una selección de piezas del Museo de Historia Nacional fue trasladada a la nueva institución; y en 1933, lo que quedó de las colecciones del museo fue trasladado al Museo Bolivariano<sup>26</sup>. Finalmente, en 1945, las colecciones fueron reunidas con parte de las del Museo de Arqueología Peruana, para formar el Museo Nacional de Arqueología y Antropología, bajo la dirección del famoso Julio C. Tello. El nuevo museo compartió un edificio con el Museo de la República hasta la fusión de ambas instituciones en 1992, bajo el nombre de Museo Nacional de Arqueología, Antropología e Historia del Perú, el cual todavía existe en su sede histórica del Parque Bolívar, en Pueblo Libre.

## Conclusión

Apenas declarada la independencia del Perú, miembros de las élites intelectuales imaginaron la fundación de un Museo Nacional, no solo con el propósito de proteger las reliquias del imperio inca, sino también con el de “nacionalizarlas”. Para ellos, los Incas simbolizaban un pasado glorioso e idealizado; además, encarnaban las víctimas inocentes de la brutalidad de los conquistadores españoles en un contexto de agudo anti hispanismo, haciendo de la figura heroica y mítica de Simón Bolívar el “vengador de los incas”. De manera que el museo fue concebido como un instrumento para representar a la nación peruana. Sin embargo, esta referencia al imperio inca acabó pareciéndole inadaptada cuando no inoportuna a la nueva clase dirigente, consciente de la distancia que la separaba de los indios, de su historia y cultura, lo que la llevó a abandonar a la figura mítica del Inca en su retórica política. A mediados de siglo, las élites peruanas, influenciadas por el modelo cultural europeo dominante, observaron como los museos europeos, considerados una manifestación de modernidad cultural y política en sus países, recibían el apoyo de los gobiernos, de las autoridades locales y de particulares acaudalados: el Perú a su vez debía establecer y fortalecer su propio Museo Nacional. El proyecto aparece con frecuencia en los discursos políticos de la época, así como en las tribunas publicadas en varios periódicos locales y nacionales<sup>27</sup>. Pero no se

<sup>26</sup> En 1924, con la celebración del centenario de la independencia, se fundó en un local situado en la Magdalena Vieja el Museo Bolivariano, cuyas colecciones estuvieron compuestas por un cuerpo documental y diversos objetos donados por Jorge Corbacho (quien fue el primer director de dicha institución). Después de su fusión con el Museo de Historia Nacional, el museo tomó el nombre de Museo de la República en 1935, y finalmente de Museo Nacional de Historia en 1963.

<sup>27</sup> De la misma manera, a raíz de un periodo de renovación política, económica e intelectual, se fundó en 1848 en el Cusco un “museo-biblioteca” que también conoció diversas vicisitudes hasta desaparecer totalmente.

logró realizar, a pesar del protagonismo excepcional de Mariano Eduardo de Rivero como director del museo y prefecto de departamento, y pese a los envíos y obsequios hechos por empleados públicos y por coleccionistas. El museo nacional desde su fundación no recibió suficiente apoyo económico y material de parte del poder político, lo que le impidió desarrollarse a largo plazo.

No fue sino en la segunda mitad del siglo XX, con la creación del Museo Nacional de Arqueología y Antropología y gracias a pertinentes reformas universitarias, cuando los estudios nacionales sobre patrimonio prehispánico se desarrollaron y gozaron de relativa estabilidad y resonancia internacional. En las últimas décadas, algunos descubrimientos espectaculares, como el de las tumbas de Sipán en el norte del Perú, no solo contribuyeron a una nueva mirada sobre el pasado prehispánico peruano, sino también a su inédita mediatización. Lo cual facilitó la otorgación de importantes fondos económicos para programas de investigaciones científicas y para la edificación –a veces faraónica– de museos de sitios. El impacto turístico de este nuevo dinamismo arqueológico es indudable. Sin embargo, éste parece ocultar otras muchas facetas del patrimonio nacional, históricas, artísticas, etnográficas o ecológicas, las cuales resultan menos presentes en los museos peruanos. Como si, a la hora de asumir y valorar la diversidad cultural del país, las autoridades públicas peruanas tendiesen a conformarse con una imagen reductora de la nacionalidad, elaborada principalmente para el turismo internacional.

### **Anexo: Breve cronología de los primeros nacionales peruanos**

- 2 de abril de 1822: ley sobre antigüedades nacionales y proyecto de museo nacional.
- 1826: primera evidencia en los archivos de la existencia de un Museo Nacional, instalado en un local del Ministerio de Gobierno y Asuntos Exteriores, con colecciones arqueológicas y de historia natural.
- 1834: el museo viene mencionado en un documento de archivo, con la denominación de Museo Latino.
- 1836: traslado al Museo Nacional de los retratos de los virreyes del Perú y reubicación del museo (bajo el nombre de Museo de Historia Natural) en el local de Espíritu Santo.
- 1<sup>er</sup> de marzo de 1841: reorganización del Museo de Historia Natural y Antigüedades Peruanas, tal vez en un nuevo local de ubicación desconocida hasta ahora. Proyecto de implantación de una galería de pinturas en un local vecino del museo. Las colecciones incluyen también antigüedades europeas, así como “curiosidades exóticas” (de China, de las islas del Pacífico, etc.).

- 17 de mayo de 1872: decreto de traslado de las colecciones del antiguo Museo de Historia Natural y Antigüedades Peruanas al Palacio de la Exposición, un edificio nuevo ubicado en el Parque de la Exposición. El Museo Nacional es regido por la Sociedad de Bellas Artes.

- 1881: saqueo de las colecciones del Museo Nacional por las tropas chilenas. No encontramos evidencia de una reapertura del museo después del saqueo.

- 6 de mayo de 1905: decreto de fundación del Museo de Historia Nacional, bajo tutela del Instituto Histórico del Perú.

- 29 de julio de 1906: instalación del Museo de Historia Nacional en el Palacio de la Exposición. Se puede suponer que heredó las colecciones del antiguo Museo Nacional. El arqueólogo alemán Max Uhle está contratado para dirigir la institución.

- 1911: Max Uhle renuncia.

- 1924: fundación del Museo Bolivariano a partir de las colecciones donadas por Jorge Corbacho, en un local del distrito de la Magdalena Vieja.

- 1924: fundación del Museo de Arqueología Peruana a partir de las colecciones privadas de Victor Larco Herrera, en un edificio de la avenida Alfonso Ugarte.

- 1925: parte de las colecciones del Museo de Historia Nacional –podemos suponer las piezas prehispánicas– está traslada al Museo de Arqueología Peruana.

- 1933: fusión del Museo de Historia Nacional con el Museo Bolivariano; traslado de todas las colecciones del primero hacia el último.

- 1945: fundación, con parte de las colecciones del Museo de Arqueología Peruana, del Museo Nacional de Arqueología y Antropología, bajo la dirección de Julio C. Tello. El museo comparte un edificio con el Museo Bolivariano, en el Parque Bolívar, en el distrito de Pueblo Libre, hasta la fusión de ambas instituciones en 1992.

## Referencias citadas

Carleton, George W. *Our artist in Peru*. New York, Carleton, Publisher, 1866.

Gänger, Stefanie. 2014. *Relics of the Past. The Collecting and Study of Pre-Columbian Antiquities in Peru and Chile, 1837-1911*. New York, Oxford University Press, Oxford Studies in the History of Archaeology, 2014.

Hutchinson, Thomas. *Two years in Peru, with exploration of its antiquities*. London, Sampson Low, Marston, Low and Searle, 1873. 2 volumes.

Labadie, F. *À travers l'Amérique du Sud*. Paris, Ferdinand Sartorius éditeur, 1858.

Lumbreras, Luis G. “res fundación de un museo para el Perú”, en Alfonso Castrillón-Vizcarra. *Museo peruano : utopía y realidad*. Lima, 1986, pp. 121-128.

Majluf, Natalia. “De la rebelión al museo. Genealogías y retratos de los incas, 1781-1900”, en *Los Incas, reyes del Perú*. Lima, Banco de crédito del Perú, 2005, pp. 253-319.

Raimondi, Antonio. *El Perú. Parte preliminar*. Tomo I. Estudio introductorio por Ricardo La Torre Silva. Lima, Fondo editorial de la Universidad Tecnológica del Perú, 2012.

Riviale, Pascal. “Manuel González de la Rosa, sacerdote, historiador y arqueólogo”, *Historica*, XXI (2), 1997, pp. 271-292.

Riviale, Pascal. «Ernest Charton, les voyageurs et la pintura costumbrista en Équateur: une histoire interactive au XIX<sup>e</sup> siècle», *Histoire(s) de l'Amérique latine*, vol.6 [puesto en línea en octubre de 2012].

Riviale, Pascal. “Archaeological collections in Peru and their influence during the nineteenth century”, in Manuela Fischer und Michael Kraus (dir.) *Exploring the Archive. Historical photography from Latin America. The Collection of the Ethnologisches Museum Berlin*. Berlin, 2015.

Sinardet Seewald, Emmanuelle. “La victoria de Junín. Canto a Bolívar (1825) de José Joaquín Olmedo La représentation d'une américanité en marche », *América. Cahiers du CRICCAL*, 41 (les indépendances de l'Amérique latine : acteurs, représentations, écritures), 2012, pp. 197-205.

Tschudi, Johann Jakob von. *El Perú. Esbozos de viajes realizados entre 1838 y 1842*. Lima, Pontificia Universidad Católica del Perú, 2003.

Tello, Julio C. Y Torribio Mejía Xesspe. *Historia de los museos ancionales del Perú (1822-1946). Arqueológicas*, vol.10. Lima, Museo Nacional de Antropología y Arqueología e instituto y Museo de Arqueología de la Universidad Nacional de San Marcos, 1967.